

CRONICAS

SEMBLANZAS DE LA HISPANIDAD: GRANDEZA Y MISERIA DE COLÓN

El descubrimiento de América, fué uno de los mayores acontecimientos de la Edad Moderna.

Geográficamente, representaba una revolución cosmográfica, cuya trascendencia sólo más tarde pudo aquilatarse. Desde el punto de vista histórico, la gesta de su conquista no se dió antes en el Mundo, ni se ha vuelto a repetir después; científicamente, tanto la fauna y la flora, como la riqueza mineral y botánica del Nuevo Mundo, abrieron amplio campo al estudio; e incluso sus costumbres, fueron filtrándose en nuestra civilización, transformándola. Basta recordar el uso del tabaco, desconocido entonces en Europa, que los primeros colonizadores aprendieron e imitaron de los indígenas del país.

La importancia del descubrimiento de aquellas tierras —que tan injustamente llevan el nombre de América—, se desprende sola, si pensamos que, en dicha época, el Océano Atlántico era un mar tenebroso, lleno de nieblas y de sombras. Sólo contados y expertos marinos se habían atrevido a surcarlo, pereciendo en la empresa. Esto, por una parte, y su enorme extensión, por otra, hacía suponer que aquellas aguas, tal vez ilimitadas, eran el confín del mundo, la barrera infraqueable que se abría a los espacios infinitos. Pero este error, geográfico e histórico, iba a deshacerlo un hombre extraordinario, con su genio profético.

Hombre afortunado, le llaman algunos de sus biógrafos, porque, partiendo de un error, acabó descubriendo un nuevo Mundo. Mas, si es cierto que el futuro Almirante pretendía hallar el camino más corto a las Indias —cuyo comercio de especias representaba una de las mayores riquezas de aquellos tiempos—, no lo es menos que, en

el fondo, alimentaba la esperanza, por no decir la certeza, de encontrar nuevas tierras, como se desprende de las condiciones que presentó e impuso a los Reyes Católicos.

Colón estuvo algún tiempo en la isla de Puerto Santo —verdadera avanzada en medio del océano—, teniendo por horizonte las líneas siempre azules de un confín ignorado. En sus ojos había una lumbre viva de paisajes marinos; y sus oídos permanecían alerta, recogiendo noticias y confidencias de audaces navegantes, de los que recibió, tal vez, el legado de mapas y datos, clave, sin duda, de su extraña e inquebrantable tenacidad.

La preponderancia marítima de Portugal, fomentada por el Infante Don Enrique —que logró hacer de su país una gran potencia naval, colocándolo a la cabeza de los descubrimientos—, avivó el deseo de emulación de los españoles, en el momento en que el esplendor de España alboreaba, sustentado por Isabel I de Castilla, alma y temple de la grandeza patria.

Y fué en esta época cuando Cristóbal Colón, pobre y defraudado, llegaba al Puerto de Palos, llevando, en sus pies sangrantes, las zarzas de todos los caminos, y en su corazón, la esperanza abierta a sus sueños de gloria...

* * *

La conquista de Granada —último baluarte del poderío árabe—, convertida en empresa nacional por el genio político de los Reyes Católicos, absorbía la atención, las energías y las disponibilidades económicas del país, al aparecer Colón en la Corte de Córdoba (1484), llevando consigo, por todo bagaje, unas cartas de recomendación, muchas ilusiones y muy pocos maravedís...

Pronto, este hombre de abroquelada voluntad, que poseía el don de la elocuencia, atraía sobre sí la atención de los nobles, y hallaba en el Duque de Medinaceli tan entusiasta acogida, que dicho prócer «estuvo a punto de intentar la empresa por sí mismo». Pero estimando que la importancia del proyecto debía someterla a la Reina Isabel, se dirigió a ésta, para que fuese ella su promotora.

Por fin, después de no pocas tristezas y desengaños, logró Colón

su primera entrevista con los Monarcas. De recia estatura, los cabellos, bermejos, ya canosos, la frente, despejada, la expresión, confiada y serena; los ojos, abrigados por el genio, había en sus ademanes, en sus gestos y, sobre todo, en su figura, un algo profético, de extraordinaria grandeza.

Una vez escuchado su relato sobre los fabulosos tesoros del Gran Kan, mientras la Reina, hondamente impresionada, pensaba en la misión evangelizadora de un pueblo al que educar en la religión católica, Don Fernando, cauto, prudente, sereno, diplomático —el más hábil de su siglo—, meditaba en el poderío que la conquista de aquellas tierras representaría para la Corona, celosa de la preponderancia marítima de Portugal.

Por el momento, la aspiración máxima del Reino era conseguir la unidad política y religiosa de la Nación; pero los proyectos de Colón, cuyo alcance no escapaba a la sutil perspicacia del Rey, tampoco podían abandonarse, dada su magnitud. Y aunque su propuesta fué acogida con cierta incredulidad, se acordó, no obstante, la constitución de una Junta de hombres doctos, presidida por Fray Hernando de Talavera, para que emitiese el fallo conveniente.

Henchido de esperanzas por su entrevista con los Reyes, e imaginándose ya Almirante de Indias, «el hombre modesto de la capa raída», que pasara sus ambiciones por las silenciosas callejas de Córdoba, la ciudad insigne, cuna de tantos nombres ilustres, llegaba, ensimismado en su propia grandeza, a las puertas de su humilde posada, descenso vertical a una realidad dura y acerba...

* * *

Es en este momento crítico de su vida (1487), cuando surge en ella una mujer, Beatriz Enríquez de Harana, que ha de llenar de consuelo y de esperanza sus días de lucha, y de melancolía, y de nostalgia, los últimos años de su existencia.

Entre las versiones que corren acerca de estos amores, hay una, cuyo sabor poético merece evocarse.

Colón acostumbraba a trabajar, hasta entrada la noche, en el de-

sierto comedor de la hospedería donde se alojaba en Córdoba, inclinado sobre mapas extraños y planos misteriosos, que cruzaban multitud de líneas rojas, marcando las rutas ignoradas, sobre el azul del mar.

Se dice que Beatriz solía acudir a la tertulia familiar del posadero, ayudándole en ferias y festividades diversas, a los quehaceres de la casa. La joven, había oído hablar del navegante, de sus entrevistas con nobles y reyes; de sus proyectos de conquista de tierras y reinos por descubrir aún. Su figura, aureolada por la leyenda, su aspecto de altiva sencillez, y el misterio en que se envolvía el futuro Virrey, acrecentaron la curiosidad y el interés de la moza hacia él.

Un día en que el cartógrafo se hallaba dedicado a sus tareas, Beatriz se fué aproximando al mismo lentamente. El navegante acogióla con paternal sonrisa y, con amable condescendencia, le fué descifrando aquellos signos misteriosos, en cuya realización se condensaba toda una revolución geográfica «que había de cambiar la faz del mundo».

Ella, de bruceos sobre la mesa, los ojos garzos muy abiertos y la atención fija en sus palabras, seguía con creciente interés las líneas que señalaban los caminos ignotos de las tierras del Gran Kan.

Así, lentamente, fueron aproximándose el uno al otro, para acabar, Beatriz, convirtiéndose de amiga y confidente, en amante.

Mas la verdad histórica —al fin y al cabo, tan oscura e hipotética— nos ofrece otra versión, sustentada sobre documentos irrecusables de la época.

En primer lugar, se descarta la suposición de que Beatriz Enríquez fuera simplemente la moza de mesón de que nos hablan algunos de sus biógrafos. Aunque de modesta familia, poseía algunos bienes, consistentes en «unas casas, con lagar, una huerta y dos viñas, al parecer, único medio de vida» de sus padres.

Cuando Cristóbal Colón la conoció (1487), Beatriz estaba ya bajo la tutela, nada recomendable según se dice, de su tío Don Rodrigo Enríquez de Harana, que la educó en un ambiente despreocupado, sin trabas que frenasen sus instintos, ni que la impidieran asomarse a los abismos del amor.

El insigne nauta llegó a ella por medio de su primo Diego de Harana, que había de ser, años más tarde, por obra y gracia de Colón, «Alguacil Mayor de la Armada» que emprendiera la gesta del descubrimiento.

Beatriz oyó, de labios de su primo, las más hiperbólicas alabanzas a favor de aquel extraño marino; por él supo la grandeza de sus proyectos; las relaciones que tenía con la más alta nobleza; sus audiencias palatinas.

Allí, en la misma casa de los Harana, Colón exponía sus proyectos para el futuro, sintiéndose generoso en promesas, que, por cierto, hubo de cumplir más tarde, en honor a su palabra y a lo muy obligado que se sentía con dicha familia.

La confianza engendrada por el trato frecuente, hizo que Beatriz y Colón se observaran y compenetrasen. Ella, atrayente y hermosa, «inteligente y culta», fué adentrándosele al navegante en el corazón, de un modo profundo y casi insensible.

Colón, a pesar de sus años, conservaba terso el rostro y gallarda la figura; pero lo que impresionó a Beatriz, más que sus dotes físicas o morales, fué aquel poder magnético de sus palabras y la idea de un porvenir, inmediato y brillante, de fuerza y de poder, de títulos y de riquezas. Y, pensando en ellas, firme la cabeza y frío el corazón, se entregó al proyectista pobre e ignorado, con el pensamiento puesto, tal vez, en el hipotético Almirantazgo de Indias...

* * *

Absorbido en aquel cariño, que hacía brotar nuevamente en su espíritu una ilusión tardía, transcurrió el tiempo imperceptiblemente para el cartógrafo, cuyas ambiciones parecían como aletargadas en su subconsciente.

Un año después (1488), Beatriz daba a luz un niño, que había de ser, más tarde, historiador ilustre de su padre; pero Colón, en vez de reparar el daño ocasionado, pensando en sí mismo con excesiva cordura y decidido «a no hipotecar su libertad», se alejaba de Córdoba, aprestándose a romper los lazos que lo ligaban a su amante, convencido en el fondo, sin duda alguna, de su destino inexorable.

Al cabo de cinco años de mortal espera, la Junta dictaminadora «compuesta de letrados, de teólogos y de hombres de gobierno, más bien que de sabios entendidos en cuestiones de cosmografía», emitía su fallo, adverso a los proyectos del navegante. Y cuando éste, descorazonado, tras nuevas e infructuosas gestiones emprendía el camino hacia otros países, lo detenía en su éxodo un mensaje de la reina, en el que se mostraba dispuesta a entablar definitivas negociaciones.

Por fin, el 17 de abril de 1492, «se firmaban en el campamento de Santa Fé las famosas capitulaciones que abrieran a Cristóbal Colón el camino de la gloria.»

Esta vez, sintiendo el Almirante en su corazón y en su conciencia, la nostalgia del amor y del hijo, regresaba a Córdoba y, luego de reconciliarse con Beatriz, intentaba desagraciar a sus familiares, otorgándoles cargos y honores e incluso llevándolos consigo en su temeraria empresa.

Pero hay un dato elocuente de la disposición de ánimo del insigne marino, respecto a su amante: la de confiarle antes de su marcha a su hijo legítimo Diego, para que se criara y educase bajo su tutela.

¿Cómo entonces, no legalizó su situación con Beatriz? ¿Qué sucedió después, para que el navegante se decidiera a arrebatarse ambos hijos y abriera entre ella y él un abismo que había de separarlos hasta la muerte?... Los historiadores, se pierden en un mar de divagaciones y de hipótesis; más, la verdad, no salió jamás de los labios del Almirante, ni de su corazón.

* * *

No está de más hacer hincapié, siempre que se hable del descubrimiento de América, en la ayuda decisiva, tanto moral como económica, que los hermanos Pinzones prestaron a Colón en su empresa. Gracias a ellos, la expedición pudo quedar preparada para zarpas, rumbo a lo desconocido.

El día 3 de agosto de 1492, cuando la luz del amanecer iba extendiéndose por el Océano, «La Niña», «La Pinta» y la «Santamaría», dejaban atrás el puerto de Palos, envuelto en el oro pálido de la mañana.

Las carabelas, luego de un alto en las islas Canarias, motivado por unas averías, emprendían nuevamente la marcha, a través del inmenso y misterioso Océano. Una marcha lenta, penosa, cruzando mares desconocidos, sucediéndose los días y las noches en una angustia interminable, rodeados de confines ignotos y lejanos...

Hubo un momento en que la tripulación, creyéndose perdida, intentó sublevarse; pero este conato de rebeldía, si existió, fué dominado por la entereza de ánimo y fe en su estrella del Almirante.

Sin embargo, el desaliento y el terror volvieron a apoderarse, a los pocos días, de los desesperanzados navegantes. Hasta que, en la madrugada del 12 de octubre de 1492, el vigía de «La Pinta» desahacía para siempre los temores al grito de ¡¡Tierra!!, en tanto disparaba la nave sus lombardas, en señal de júbilo.

Poco después, el Almirante, llevando en una mano el pendón de Castilla, y en la otra, desnuda, la espada, rodilla en tierra, tomaba posesión de la isla salvadora, en nombre de la Corona de España.

* * *

Apenas vuelto de su primer viaje, lleno de gloria, le faltó tiempo para enviar a Córdoba la feliz noticia de sus descubrimientos; pero su corazón llevaba ya la herida abierta por la duda, que había de atormentar los postreros años de su vida.

Nuevamente, un gran paréntesis se abre en su existencia, y queda por llenar en su historia: el enigma de su ruptura definitiva con aquella mujer que llevara grabada constantemente en su pensamiento y a la que no lograra olvidar ni aún a la hora de su muerte. ¿Qué escena se desarrollaría en su última entrevista con ella?... Cristóbal Colón, en posesión de sus títulos, honores y riquezas, había pasado a ser el gran señor que tanto ambicionara. ¿Fué su miseria de hombre vanidoso la que impuso aquella separación, al verse elevado? ¿Fué, acaso, el dardo venenoso que se clavara en su alma, al creerse burlado, el que le hizo, por propia dignidad, romper con ella?...

Tal vez la entrevista fué fría y solemne; tal vez fuera de una frialdad de rencores encubiertos, para marcar claramente las dis-

tancias; pero pudo también desarrollarse entre una explosión de lágrimas, de reproches, de violentos sollozos.

¿Fué amor aquel recuerdo imborrable del ilustre marino, o fué el remordimiento, la voz de su conciencia, que le acusaba de culpable, la que le llevó a señalarle una pensión que le permitiera «vivir honestamente»?...

La verdad es, «que recogió a sus dos hijos Diego y Fernando, y nunca más, a lo que parece, volvieron al lado de Beatriz».

Pero también es cierto, que el glorioso Almirante no consiguió olvidarla jamás, como lo prueba el hecho de interesarse, no sólo por ella, sino de preocuparse tenazmente de que la pensión que le señalara no le faltase nunca.

En 1502, antes de llevar a cabo su último viaje, ordenaba a su hijo Diego que aumentase la renta a Beatriz Enríquez, y que se cuidase de la misma «por amor de mí» —son sus palabras—. Tres años después, insistía en que la atendiese siempre y que «no la desamparase». Y hasta en la víspera de su muerte —el 19 de mayo de 1506—, hay en su testamento un codicilo que a ella se refiere, en el que queda patente su preocupación constante por Beatriz. Preocupación que pone de relieve aquel amor vivo y encendido de sus últimos años, que, a la hora de la verdad implacable, se alzaba en su alma, reavivando los rescoldos del sentimiento, como una acusación contra su conciencia...

RAFAEL NARBONA